

**LA ESCUELA MODERNA.
Póstuma explicación
y alcance de la enseñanza racionalista
Francisco Ferrer Guardia
Prólogo de
Anselmo Lorenzo**



LA ESCUELA MODERNA

por

F^{co} Ferrer Guardia

Casa Editorial MAUCCI.—Mallorca, 166; Barcelona

Prólogo

Asociado a la obra de Ferrer desde algunos meses antes de la creación de la Escuela Moderna, a título de traductor para su biblioteca, estuve en feliz disposición para conocer la grandeza del pensamiento de aquel hombre singular, que me distinguió y honró con su amistad y confianza.

En una fiesta de los profesores racionalistas de Barcelona, en honor de Ferrer, para celebrar su absolución en la causa del atentado regio de mayo en Madrid, expresé mi concepto sobre la enseñanza científica y racional, que aquí reproduzco, en los siguientes términos:

En este acto celebramos un triunfo del progreso humano y una caída del poder del privilegio.

Conviene que nos demos bien cuenta de ello para precisar la fuerza que nos apoya, la razón que nos asiste y la influencia que personal y colectivamente podemos tener en las futuras caídas del enemigo y en la serie infinita de triunfos que en la vía de la perfección, en el conocimiento de la verdad y en la práctica de la justicia nos esperan.

En una nación de masas analfabetas, en que el tanto por ciento de los iletrados acusa una de las mayores proporciones de Europa y de América, se ha planteado

la enseñanza racional, cuyo objetivo se expresa claramente en estas palabras del programa de la Escuela Moderna:

“Ni dogmas ni sistemas, moldes que reducen la vitalidad a la estrechez de las exigencias de una sociedad transitoria que aspira a definitiva; soluciones comprobadas por los hechos, teorías aceptadas por la razón, verdades confirmadas por la evidencia, eso es lo que constituye nuestra enseñanza, encaminada a que cada cerebro sea el motor de una voluntad, y a que las verdades brillen por sí en abstracto, arraiguen en todo entendimiento y, aplicadas en la práctica, beneficien a la humanidad sin exclusiones indignas ni exclusivismos repugnantes”.

Esta enseñanza no existía en España, ni existe oficialmente en las otras naciones, por adelantadas que parezcan, por grandes que sean las cantidades que sus presupuestos destinen a la enseñanza. Es más: esa enseñanza no la dará jamás el Estado, ni aquí, ni en nación alguna del mundo, porque mal puede tender a que “cada cerebro sea el motor de una voluntad” esa entidad que concreta en leyes, y que quiere eternizarlas como expresión de la verdad y de la justicia, los errores de cada época y los intereses de las castas o de las clases

superiores, y que, por consecuencia, amasa los cerebros en la uniformidad de una creencia y en la inicua aceptación de un despojo; es decir, en la fe y en la obediencia.

Pero lo que el Estado no puede hacer, porque contraría la base fundamental de su existencia, puede hacerlo la Sociedad, y aquí he de observar que el Estado y la Sociedad son entidades que, si para muchos son sinónimas, en realidad son antitéticas. El Estado, en teoría, representa la suma de negaciones de las libertades individuales, o el sacrificio que todos sus miembros hacen renunciando a una parte de su libertad en pro del bien común, y en la práctica resulta esta definición de Bastiat: “El Estado es la gran ficción por medio de la cual todo el mundo se esfuerza en vivir a expensas de todo el mundo”; o esta otra de Renán: “El Estado es un autócrata sin igual que tiene derechos contra todos y nadie los tiene contra él”. La Sociedad, por el contrario, es el modo natural de existencia de la humanidad; se rige por las costumbres o por hábitos tradicionales, pero no por leyes escritas impuestas anteriormente; progresa con lentitud por el impulso que le dan las iniciativas individuales, no por el pensamiento ni por la voluntad de los legisladores. Las leyes a que se somete son las leyes naturales, inherentes al cuerpo social como a los cuer-

pos físicos, que la ciencia descubre y que el legislador y el gobernante desconocen o contrarían por sistema.

En la situación de evolución progresiva en que nos hallamos, lo que el Estado no quiere hacer y lo que la Sociedad, por el obstáculo opuesto por el Estado no puede hacer todavía, ha de hacerlo la iniciativa individual, y éste es nuestro caso. Sin negar lo que en otras naciones se haga por la enseñanza racional, supeditada en gran parte a ese laicismo que, si emancipa la enseñanza de la tiranía de la Iglesia, la deja sometida al Estado, que, si desecha de la escuela el fetiche religioso, pone en su lugar el símbolo patriótico, hemos de reconocer que la enseñanza racional pura, la típica, la que puede servir de modelo, es la planteada en la Escuela Moderna de Barcelona por la iniciativa de Francisco Ferrer. Y no quiero hacer aquí manifestación de vanagloria patriótica, ni menos de adulación personal; voy más lejos; pretendo exponer, lógrelo o no, el alcance social, revolucionario, humano, de la enseñanza racional. Por lo pronto recojo este dato: en la reciente campaña *Pro Ferrer*, sostenida por la prensa internacional, se ha leído constantemente, afirmado por notabilidades europeas y americanas, que la Escuela Moderna de Barcelona representa una iniciativa original.

Y aquí recojo la idea del triunfo representado por este acto, de que hablé al principio.

Los privilegiados en general, no ya únicamente los caracterizados por el dogma, sino aquellos que representan la usurpación de la riqueza social, se concertaron contra la Escuela Moderna y contra su fundador, y a la primera ocasión cayeron sobre una y otro con todo su poder, y su poder se ha estrellado contra esa fuerza que, incoherente al parecer, sin trabazón ni combinación orgánica, sin otra manifestación que el artículo o la información periodística, el mitin y la conferencia, producto casi siempre de una actividad personal, y esto expresado en francés, en alemán, en inglés, en italiano, en portugués, en español, uno y otro día, con constancia admirable, ha bastado para aplastar y aniquilar el poder de Loyola, que, como sabéis, es un pulpo inmenso que extiende sus viscosos y absorbentes tentáculos por todo el mundo. Es decir, lo reconocidamente débil, apoyado por la razón, ha triunfado de lo tenido por fuerte que quería consumir una iniquidad. Se han trocado pues, los papeles: somos fuertes ya por la razón y la justicia; son débiles por la injusticia y el sofisma.

Con la absolución de Ferrer adquiere mayor esplendor la enseñanza racional, que hoy desde Barcelona irradia al

mundo y no puede menos de ser universalmente adoptada; con la negativa a la petición de Becerra del Toro se inicia la separación completa de la infancia de la creencia en el dogma, de la sumisión a toda la tiranía, del hipócrita convencionalismo que pone la ficción sobre la realidad, y se crean esas generaciones despreocupadas y conscientes que han de enaltecer la humanidad.

Aquella absolución y aquella negativa significan el término de una evolución y el principio de una nueva era. Llego hasta considerarlas más trascendentales que algunos sucesos históricos a que se ha dado el nombre de “revoluciones”. Por ellas pasa la enseñanza a ser función eminentemente social. Hasta aquí la enseñanza (supe- ditada a la Iglesia, que, según la feliz expresión de Bakunin, quería hacer del hombre un santo, o del Estado, que quería de él un ciudadano, moldeándole cada cual en su lecho de Procusto) será el hecho natural de dar a la infancia (a la que, como continuadora de las generaciones pasadas o que van pasando, formará la humanidad futura) su participación en el tesoro de la sabiduría humana. Es la ruptura del esoterismo, o creencia para los ignorantes, para aquellos de quien se dijo que se necesitaba un dios para la canalla, y la iniciación de todos en el esoterismo, o doctrina hasta aquí secreta para satisfacción de los poderosos.

Vosotros, profesores racionalistas, sois los llamados a realizar el principio de una justificación a la Sociedad, que no parará hasta poner a disposición de todo el mundo el patrimonio universal, formado por los bienes naturales y por los adquiridos por cuantos, sin distinción de países y a través de todas las épocas, han observado, estudiado, pensado y trabajado hasta constituir esa riqueza con la cual podría vivir con satisfacción y holgura una humanidad de triple número de habitantes.

Habéis de emancipar y generalizar la enseñanza, que no ha de ser, como hasta ahora, un plantel de estúpidos creyentes, o un picadero para dormir energías rebeldes, o un negocio industrial para sacar rentas a costa de la mixtificación de las inteligencias; estáis destinados a fundar el verdadero equilibrio entre lo que se cree y lo que se sabe, y con esa laudabilísima tarea daréis a la Sociedad aquel fundamento sólido que en vano ha buscado hasta el presente.

Hermosa misión la vuestra; no hay ya otra en el mundo que la supere. Mientras los restos del privilegio forman tratados internacionales para garantizarse contra los innovadores, refuerzan su legislación con leyes excepcionales para perseguir a los revolucionarios, dan a sus ejércitos nuevos y más poderosos instrumentos de des-

trucción, inventan nuevos sofismas para justificarse, ahí estáis vosotros para destruir atavismos, enseñar verdades, formar caracteres, impedir la formación de masas sectarias e inconscientes y hacer de cada hombre y de cada mujer un ser pensante y activo, de positivo y de idéntico valor, sobre el cual no pueda sostenerse falso prestigio ni autoridad indebida, de modo que la justicia entre las relaciones humanas sea un resultado sencillo y práctico de las costumbres.

Para llevar adelante vuestra obra no volváis la vista a los poderosos, como tales poderosos, porque esencialmente serán vuestros enemigos, sin negar por eso que podáis hallar auxiliares individuales: bien lo demuestra el caso de la iniciativa del fundador de la Escuela Moderna. Procurad interesar al proletariado, que es hoy la clase social eminentemente progresiva, porque, a diferencia de la burguesía usurpadora de la riqueza social, y viviendo en la opresión y en la miseria, tiene sus bienes en lo porvenir, y vosotros sois los principales dispensadores de esos bienes.

Si así comprendéis vuestra misión y si por ella se desarrollan vuestras energías, animadas por vivificador entusiasmo secundado por la poderosa virtud de la constancia, a vosotros estará encomendada la realiza-

ción de este sublime ideal formulado por la poderosa inteligencia de Pi y Margall:

“El hombre no está condenado a sufrir eternamente los males que le afligen. Su inteligencia disipa de día en día las nieblas que le oscurecen y confunden, su voluntad está mejor determinada, su libertad se educa. Vendrá, a no dudarlo, tiempo en que, conocida ya la ley de la humanidad, sus relaciones marcharán perfectamente de acuerdo con los destinos de su raza. La libertad y la fatalidad serán entonces idénticas, no habrá motivos de lucha, y una aureola inextinguible de paz circundará ya la frente del niño al saltar del seno de su madre”.

En junio de 1908, hallándose Ferrer reposando en Amélie-les-Bains, me invitó a que le acompañara, a lo que accedí gustoso, y en la tranquilidad de aquel bellissimo repliegue de los Pirineos, en el descanso requerido tras muchos años de actividad incesante y uno de privación de libertad y peligro terrible, recordó los pasos dados en la vía progresista, y concertamos propósitos de continuación aprovechando las lecciones de la experiencia.

Allí, Ferrer, en consideración a cuanto se había fantaseado por amigos y adversarios sobre el significado de la Escuela Moderna durante la campaña de su liberación, formó el propósito de escribir una Memoria explicativa de su significación, que se publicaría en la

prensa española y francesa y fijaría clara y terminantemente el concepto, la aplicación y la extensión de la enseñanza racionalista.

Para la realización de su propósito requirió mi colaboración, y en aquel hermoso oasis y disfrutando de una breve tregua en la lucha por el progreso, por el bien, por la justicia, en la calma de un paisaje espléndido, gozando de aromáticas brisas y del armónico murmullo de aves e insectos a la orilla de un riachuelo, escribió la presente explicación que, por ser suya y por haberse ratificado y confirmado en hora trágica y solemne en Montjuïc ante el pelotón de ejecución, rectifica errores, ratifica verdades y puede servir de guía a los continuadores de una iniciativa salvadora, emancipadora y libertadora de la humanidad.

En aquel medio, en presencia de Ferrer y oyendo su palabra inspirada por el más generoso altruismo, sentí aquellas emociones que exaltan el sentimiento y el pensamiento, y mientras él bosquejaba su Memoria yo escribí las siguientes líneas, que no pude presumir habrían de incluirse en el prefacio de la obra postuma de Ferrer:

La Escuela Moderna

Existe un tesoro natural, en cuya formación no han intervenido los hombres, y otro artificial, aglomerado con el concurso de los observadores, los pensadores y los trabajadores de todos los tiempos y de todos los países.

Por la existencia de este tesoro natural viven los hombres, por la aglomeración de este tesoro artificial vive la humanidad; porque es evidente que, sin condiciones de vitalidad necesaria y aun excedente en las especies inferiores, no hubieran evolucionado hasta formar el organismo humano, ni el aprovechamiento de la excedencia hubiera creado la ciencia, el arte y la industria reuniendo el saber, el querer y el poder de todos de modo que se fundara la humanidad por la adopción de la solidaridad.

Si esos tesoros no tienen creador en nuestra especie ni en la generación viviente, claro es que la apropiación individual, la transmisión hereditaria y el goce de todas las ventajas consiguientes por cierto número de privilegiados, con exclusión de otro número infinitamente mayor que permanecen míseros e ignorantes desheredados, no tienen razón de ser, son un absurdo, constituyen una usurpación.

Ello es así: no busquemos causantes ni responsables; no demos vana satisfacción al sentimiento buscando al enemigo a quien quisiéramos abrumar con nuestras quejas o destruir con nuestra ira, pero reconozcamos el hecho en toda su sencillez: la gran riqueza natural y la no menos grande riqueza social, que juntas forman el patrimonio de esa gran aglomeración solidarizada lla-

mada “humanidad”, las vienen detentando en el mundo un relativamente corto número de privilegiados, desde el brahmán al burgués, en perjuicio de todos los explotados y oprimidos del mundo, desde el paria al jornalero, tomando la denominación de esas clases históricas como representación de todas las desigualdades más o menos conocidas que hayan existido entre los hombres.

Obra humana es el dualismo que tanto nos daña, obra humana ha de ser el monismo reparador que ha de favorecernos.

Antes que los legisladores codificaran la injusticia legalizando la usurpación propietaria y el despojo de las clases ínfimas, los sacerdotes habían santificado la ignorancia con el esoterismo, reservándose con el esoterismo el privilegio del saber, y así quedó creado el absurdo antisolidario que representa el dualismo que nos divide, causante del antagonismo de intereses que corroe la sociedad.

La ciencia, precursora siempre como el pensamiento precede necesariamente a la acción a título de determinante de la voluntad, rebasó por su propio poder las reservas y los secretos de la iniciación, pasando del templo, donde la usurpaban los sacerdotes, a la universidad, donde la usurpan los burgueses; pero interpretado

el símbolo, desvanecido el mito y derribado el ídolo, último refugio de la injusticia esotérica, ni en la universidad se detiene, y pasa a la escuela racional, verdadera y positiva universidad donde se enseña a todas y a todos la ciencia de la vida, convirtiendo en aula infantil la naturaleza en toda su inmensa amplitud, y toma como objetivo de su enseñanza todas las manifestaciones del saber y del poder de los hombres.

Para condensar en un punto inicial la nueva vía libre emprendida por la humanidad surgió la Escuela Moderna.